

del rey que os habla, ni de sus amigos los sicilianos. Llevad, repito, esta carta á los hombres de la Calabria, de la Pulla y de la Basilicata, para que sepan quién es el rey de Aragon: ella les asegura la libre entrada en los puertos de esta isla y de mis reinos de España, si quieren llevar á ellos sus mercancías, no para que vayan á hacer mal. Id, pues; pero guardaos de pagarme esta merced volviéndoos de nuevo contra nosotros: porque si otra vez cayeseis en nuestras manos, entonces no podría menos de condenaros á muerte.» Encantados quedaron todos con este discurso, y prorumpieron en vivas al rey de Aragon: muchos prefirieron quedarse á su servicio; los que optaron por marcharse fueron provistos de víveres y de una libra tornesa para cada uno; facilitáronseles barcos de transporte, y aquellos hombres derramándose por su país iban pregonando alabanzas del nuevo rey de Sicilia (1).

Cuando Carlos supo la generosa accion del aragonés, dice un escritor italiano de aquel tiempo, hubiera querido morirse. En su desesperacion, dice otro historiador florentino, púsose á morder el baston rabiosamente. El rey de Aragon y de Sicilia hizo una excursion á Catana, recibiendo mil demostraciones de aprecio en todas las poblaciones del tránsito. Allí suprimió unos impuestos, rebajó otros, abolió el odioso derecho relativo al armamento de los buques, y aseguró que jamás impondría tributos de su propia y sola autoridad. Díronle ellos espontáneamente un subsidio para el sostenimiento de la guerra, y regresando á Mesina expidió un edicto dando fuerza de ley á todo lo hecho en el parlamento de Catana. Con toda esta política obraba el aragonés, y de esta manera iba afianzando su autoridad y su prestigio en el nuevo reino.

Así las cosas, un nuevo suceso vino á darles bien diferente giro. El mismo día que entró el rey don Pedro en Mesina de regreso de Catana (24 de octubre), encontrábase con un religioso de la órden de predicadores, Fr. Simon de Lentini, encargado de decirle de parte de Carlos, rey de Nápoles, que habiendo invadido la Sicilia y robádole sin derecho ni provocacion sus tierras, estaba dispuesto á convencerle de ello en combate singular, poniendo por juez de su pleito la espada. Este inopinado desafío del de Anjou, que tan célebre se hizo en la historia por sus circunstancias y consecuencias, no era acaso solamente ni un rasgo de valor ni un arranque de odio, era tal vez al propio tiempo un cálculo y un pensamiento político. Carlos no se contemplaba seguro en la Calabria, donde el descontento y el espíritu de rebelion fermentaba y se agitaba sordamente, y conveniale arrojar de allí al aragonés con un pretexto honroso. Discurría tambien que no pudiendo el rey de Aragon dejar de admitir un reto, que pensaba se realizase lejos de allí, por una parte aquello mismo envolvía en sí la necesidad de una tregua, por otra los mismos sicilianos dirían: «¿y qué rey es este que así nos deja y así compromete nuestra suerte por aventurarlo todo al trance y éxito incierto de un combate personal?» Y esto produciría naturalmente general disgusto contra el de Aragon, y tal vez un levantamiento de reaccion en la Sicilia. La idea, pues, de Carlos era un artificio diabólico de una cabeza no vulgar. Hizole decir don Pedro que no era negocio aquel para tratado por medio de un fraile, y en su vista le envió Carlos los principales señores de su reino con órden de que no le hablasen sino en plena corte y á presencia de todos. Llegados estos mensajeros á Mesina, y congregada la corte de don Pedro, le dijeron en pública asamblea: *Rey de Aragon, el rey Carlos nos envía á decirnos que sois un desleal, porque habeis entrado en su reino sin declararle la guerra.—Decid á nuestro señor, contestó el de Aragon ardiendo en cólera, que hoy mismo irán mis mensajeros á responder en sus barbas á la acusacion que os habeis atrevido á pronunciar en las nuestras: retiraos.*

Retiráronse estos, y no habian pasado seis horas cuando los enviados del aragonés surcaban ya las olas en direccion de Reggio. Puestos allí á presencia de Carlos, sin otro saludo le dijeron: «Rey Carlos, nuestro señor el rey de Aragon nos envía á preguntaros si es cierto que habeis dado órden á vuestros mensajeros para proferir las palabras que hoy han

(1) Neocast. cap. 33.—Desclot, cap. 98.

pronunciado delante de él.—No solo es verdad, respondió Carlos, sino que quiero que de mi propia boca sepa el rey de Aragon, sepais vosotros y el mundo entero, que yo les he ordenado las palabras que habian de decir, y que ahora las repito á vuestra presencia.—Pues nosotros os decimos de parte de nuestro señor el rey de Aragon, que mentís como un bellaco, que él en nada ha faltado á la lealtad; os decimos en su nombre que quien ha faltado habeis sido vos, cuando vinisteis á atacar al rey Manfredo y asesinasteis al rey Conradino; y si lo negais, os lo hará confesar cuerpo á cuerpo. Y aunque reconoce vuestro valor y sabe que sois un brioso y esforzado caballero, os da á elegir las armas, puesto que sois mas anciano que él. Y si esto no os conviene, os combatirá diez contra diez, cincuenta contra cincuenta, ó ciento contra ciento.—Barones, contestó Carlos, mis enviados os acompañarán hoy mismo, y sabrán de boca del rey de Aragon, si es cierto lo que nos acabais de decir de su parte; y si es así, que jure ante mis enviados, por la fe de rey y sobre los cuatro evangelios, que no se retractará nunca de lo que ha dicho: despues regresad con ellos, y yo haré el propio juramento ante vosotros. Un día me basta para escoger entre los tres partidos que me ofrece, y cualquiera que elija, le sostendré como bueno. Luego acordaremos él y yo ante qué soberano habremos de combatirnos, designaremos el lugar de la batalla, y tomaremos el mas breve plazo posible para la pelea.—Convenimos en todo,» contestaron los de don Pedro. Despues de muchas y recíprocas embajadas, concertáronse los dos príncipes en que el combate seria de ciento contra ciento (2); designaron por árbitro al rey Eduardo de Inglaterra, y por lugar para la batalla á Burdeos, capital de Guena y Gaseña y terreno neutral como perteneciente entonces á aquel monarca. Los dos juraron y firmaron solemnemente la carta de duelo (30 de diciembre 1282), y con ellos cuarenta principales barones por cada parte (3).

En el principio de estas negociaciones habia significado el francés al de Aragon que le parecia conveniente hubiese una tregua hasta salir de aquel rey, á lo cual contestó el aragonés, «que no queria paz ni tregua con él, que le buscaría y le haría todo el daño que pudiese, de presente y de futuro, y que tampoco esperaba de él otra cosa; que tuviese entendido que le atacaría en Calabria cuando le pareciese, y que si queria no habia necesidad de molestarse en ir á Burdeos para batirse.» En efecto, á los pocos días, y en el silencio de la noche, despachó quince galeras con cinco mil almogavares hácia Catana (4). Todo el mundo dormía cuando ellos llegaron: la mayor parte de las tropas que guarnecian el lugar fueron pasadas á cuchillo, las demás huyeron, y los almogavares recogieron no poco dinero y despojos. Desde allí se derramaron estos terribles soldados por los bosques de la comarca de Reggio, anidando, segun la expresion feliz del historiador, como aves de rapiña, para caer en bandadas y grupos sobre los ganados y sobre las pequeñas aldeas, llegando á veces en sus audaces correrías hasta los muros mismos de Reggio donde se hallaba el rey Carlos. Al fin, terminado el año 1282, tan fecundo en sucesos, abandonó Carlos aquella ciudad para ir á buscar cerca del papa Clemente y del rey de Francia Felipe el Atrevido su sobrino ayuda y consejos. Tan luego como Carlos salió de Reggio, fué llamado á ella el rey de Aragon, donde se repitieron con él los obsequios de Palermo y de Mesina (14 de febrero, 1283). Desde allí, internándose con sus almogavares en el país, no dejaba reposar en parte alguna al príncipe de Salerno hijo de Carlos,

(2) Equívocase Mariana cuando dice: «Envióle el de Aragon á desafiar á Carlos con un rey de armas.» Aunque mas adelante añade: «Así lo cuentan los historiadores franceses: los aragoneses al contrario afirman que primero fué desafiado el rey don Pedro del francés.»—Nadie ignora ya que la iniciativa del reto partió del rey Carlos: en esto convienen el aragonés Muntaner, y despues de él Zurita, los franceses Martenne y Durand, y los italianos Neocastro y Malaspina, y consta además por la copia de una carta de Carlos que se conserva en los archivos generales de Francia.

(3) Reymer pone los nombres de los cuarenta aragoneses que suscribieron. Feder. tom. II.

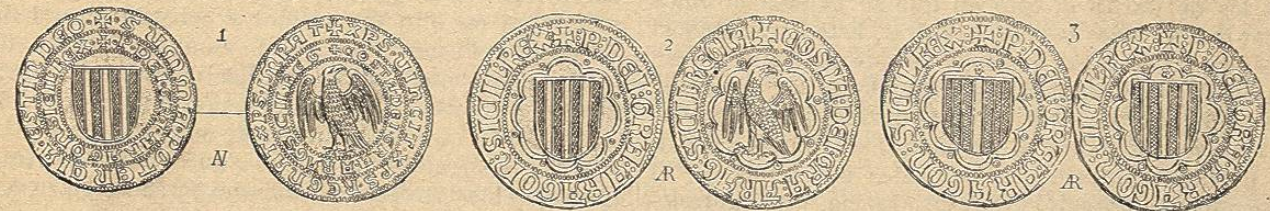
(4) En el reino de Nápoles, Calabria Ulterior.

que habia quedado gobernando la Calabria, y no habia guarnicion francesa que se contemplara segura. Llegaron los aragoneses, dice Muntaner, á infundir tal terror, que el solo grito de ¡Aragon! equivalia á la mitad del triunfo. Así multitud de villas y lugares de Calabria se entregaron al rey don Pedro y recibieron guarnicion aragonesa, hasta el punto de villas, al francés Enrique de Clermont, que por una ofensa recibida del de Anjou se pasó al servicio del aragonés.

Habia el rey don Pedro encomendado á Juan de Prócida y á Conrado Lancia que fuesen á Cataluña á buscar la reina y los infantes sus hijos, para que tomaran en su ausencia el gobierno de Sicilia, y el 12 de abril (1283) la ciudad de Palermo prorumpió en demostraciones de júbilo al ver en su seno á la hija de Manfredo, la reina Constanza, con sus tres hijos, Jaime, Fadrique y Violante. Pocos dias despues el rey don Pedro tuvo el placer de abrazar en Mesina á su esposa y á los infantes (22 de abril). Congregado allí el parlamento del reino, expuso el monarca en los siguientes términos las disposiciones que tenia adoptadas al dejar la isla:—«Sicilianos, les dijo; me veo precisado á ausentarme de una tierra que amo tanto

como á mi propia patria. Voy á confundir á la faz de la cristiandad entera á nuestro soberbio enemigo, y á vengar mi nombre ante el juicio de Dios. Por amor vuestro ¡oh sicilianos! he arriesgado mi nombre, mi persona, mi reino, y hasta mi alma á los azares de la fortuna. No me arrepiento de ello al ver esta empresa venturosamente acabada por la mano del Señor Todopoderoso, léjos de Sicilia el enemigo, perseguido y humillado, restauradas vuestras leyes y vuestras libertades, y vosotros todos gozando de prosperidad y de gloria. Os dejo una armada victoriosa, capitanes experimentados, ministros fieles, y os entrego, en fin, vuestra reina y los nietos de Manfredo. Os confío estos hijos, pedazos queridos de mis entrañas: encomendados á vosotros, nada temo por ellos, ¡oh sicilianos! Y puesto que son tan inciertos los trances de la guerra, quiero dejaros una nueva prenda de vuestros derechos. A mi muerte tendrá mi hijo Alfonso los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia: mi segundo hijo Jaime me sucederá en el reino de Sicilia. La reina y Jaime serán en mi ausencia vuestros vireyes. Mantened vosotros vuestra fidelidad al imperio paternal, fuertes contra los enemigos, y sordos á las asechanzas de los que buscan solo las mudanzas para venderos.»

SICILIA



PEDRO III DE ARAGON, I DE SICILIA, Y CONSTANZA

Los sicilianos que temian que el monarca libertador quisiera acaso hacer su antiguo reino una dependencia y como una provincia del de Aragon, oyeron con beneplácito y regocijo este discurso, al ver que se le destinaba á tener un rey propio y una corona hereditaria. Nombró al anciano, virtuoso y fiel Alaymo de Lantini gran Justicier del reino; dió el cargo de primer almirante á Roger de Lauria; á Juan de Prócida el de Gran Canciller de Sicilia; el mando del ejército de tierra al catalán Guillen Galecraán de Castilla, con el condado de Cantanzaro, una de sus conquistas de Italia, distribuyendo los empleos inferiores entre catalanes y sicilianos, y dejando prevenido que no se hiciese cosa alguna en su ausencia sin conocimiento de la reina, despúdióse afectuosa y tiernamente de esta y de sus hijos (26 de abril), y partió de Mesina en direccion de Trápani.

Habíase antes de esto fraguado una conspiracion contra el monarca aragonés, en la cual entraban el príncipe de Salerno, hijo del rey Carlos, el conde destituido de Múdice Federico Moseca, y Gualtero de Calatagirona, siendo lo notable y lo extraño que este último habia sido de los cuarenta firmantes de la carta de desafío de 30 de diciembre por la parte del rey de Aragon, y uno de los que solicitaron ser de los cien campeones escogidos para el combate de Burdeos. Tanta suele ser la mudanza de los hombres. El objeto de la conjuracion era volver á entregar la soberanía de Sicilia al rey Carlos, y la insurreccion estalló en nombre de Gualtero en el Val di Noto. Quiso el rey don Pedro dejar apagado el fuego de aquella rebelion antes de su venida á España, y encomendó esta empresa á su hijo don Jaime y al prudente y leal Alaymo de Lantini, el hombre de mas prestigio é influjo, y tambien el hombre de mas confianza que tenia el soberano aragonés en la isla. Condujose Alaymo con tal actividad y destreza, y tan mágico fué el efecto que en el país produjo su nombre, que antes de salir el rey don Pedro de Trápani la sublevacion quedó sofocada, reducidos á la obediencia los pueblos que se habian alzados, y presos los principales conspiradores. Mandó don Pedro condenar á muerte á estos últimos, y que se vigilara cuidadosamente á Gualtero, á quien el infante don Jaime, en premio de su sumision, habia puesto en libertad. Con esto, y como fuese ya el 11 de mayo, y faltaran solo veinte dias para la liza de Burdeos, señalada para el 1.º de junio, dióse el rey de Ara-

gon á la vela en el puerto de Trápani con una nave y cuatro galeras guiadas por el acreditado marino Ramon Marquet. Grandes peligros corrió la pequeña flota en esta navegacion, arrojándola los vientos unas veces á la costa de África, otras á las aguas de Menorca, manteniéndose siempre imperturbable el rey. Al fin los vientos cambiaron, y pudo la expedicion arribar despues de mil trabajos al grao de Culleras. El 18 de mayo don Pedro III de Aragon, conquistador de Sicilia, se hallaba en su ciudad de Valencia (1).

En este intermedio el papa Martin IV, el amigo de Carlos y de los franceses, no pudiendo sufrir en paciencia que el monarca aragonés se hubiera alzado con el reino de Sicilia, fulminaba excomuniones una tras otra contra el rey don Pedro, y haciéndole un largo capítulo de cargos, y no hallando en él accion que no fuese criminal desde el armamento y expedicion á Berbería, calificando de pérfidas sus embajadas á Roma, atribuyéndole haber excitado á la rebelion á los de Palermo, llamando fraudulenta la ocupacion de Sicilia, cuyo reino habia dado la Iglesia al príncipe Carlos, y por último, perdonándole menos que nada el negar á la Santa Sede el feudo y homenaje que su abuelo el rey Pedro II le habia reconocido, le declaraba, como á vasallo traidor y desleal, depuesto y despojado del reino de Aragon (21 de marzo, 1283), excomulgadas las personas y entredichos y privados de los sacramentos de la Iglesia los pueblos que le obedeciesen, relevados sus súbditos del juramento de fidelidad, facultado todo príncipe cristiano para apoderarse de sus reinos, pero reservándose el derecho de disponer de ellos y darlos á quien bien le pareciese (2). En cuanto al desafío, no solo le reprochaba como contrario á los preceptos del Evangelio y prohibido á cualquier persona particular cuanto mas á los príncipes coronados que rigen y gobiernan los pueblos, sino que expidió letras apostólicas al mismo Carlos, inhibiéndole de concurrir al combate, y excomulgando á todos los que á él asistieran, mandando al propio tiempo al rey Eduardo de Inglaterra, bajo la misma pena de excomunion, que en manera alguna fuese el juez de

(1) Barthol. de Neocast.—Nicol. Special.—Muratori.—Bernard.—Desclot.—Ram. Muntaner.—Zurita, etc.

(2) Bula del papa Martin IV (en rigor Martin II), dada en Orvieto el VII de las Calendas de abril, 1283. Rayn. Annal. eccl., tom. 22.

la liza, ni guardase el campo, ni permitiese siquiera á ninguno de los combatientes entrar en territorio de Gascuña. En su virtud, y siendo por otra parte el rey de Inglaterra amigo de los dos príncipes, y llevando por lo tanto á mal aquel duelo, negóse abiertamente á presidir la lucha y á ser guardián del palenque, y así se lo comunicó por cartas y embajadas á Carlos de Anjou, á Pedro de Aragon, y hasta al príncipe de Salerno.

Mas ya en Aragon se habian alistado hasta ciento y cincuenta campeones que aspiraban á pelear con su rey en la liza, catalanes y aragoneses la mayor parte, pero en que habia tambien alemanes y sicilianos, y hasta un hijo del emperador de Marruecos que habia prometido hacerse cristiano si el rey de Aragon quedaba triunfante. En Francia se habian inscrito hasta trescientos caballeros, contándose entre los ciento primeros cuarenta provenzales y sesenta franceses, y el mismo rey de Francia Felipe el Atrevido quiso que constara su nombre entre los campeones de su tío Carlos de Anjou. Llegó este á Burdeos el 25 de mayo, é hizo construir á toda prisa un gran palenque, largo y estrecho, rodeado de gradas como un anfiteatro, con dos departamentos para los dos bandos enemigos, guarnecidos de empalizadas y de fosos, pero destinando para los de Aragon uno que conducía á un callejon sin salida, á los de Carlos el otro en que se hallaba la única puerta por donde todos habian de entrar. Esta circunstancia indujo la general sospecha y rumor de que los franceses tenían el proyecto de ocupar esta puerta por fuera y hacer una matanza en los aragoneses si salian victoriosos. Daba consistencia á esta voz alarmante el ver todos los caminos y cercanías de Burdeos militarmente ocupados por franceses, el aparato con que se presentó el rey de Francia, y las expresiones imprudentes y amenazadoras que no reparaban en profirir sus soldados (1).

Don Pedro de Aragon, que por cierto no era hombre que pecara ni de cobarde ni de incauto, noticioso de la sospechosa actitud de los franceses, y no queriendo por una parte faltar á la liza y dar con ello ocasion á que se le murmurara de hombre sin corazon y sin palabra, mas tomando por otra las debidas precauciones para no ser víctima de asechanzas desleales, ordenó á sus campeones que concurriesen diseminados á Burdeos para el día señalado, y él con tres caballeros de su confianza se encaminó de Valencia á Tarazona, donde tuvo una rápida entrevista con el infante don Sancho de Castilla, que andaba entonces levantado y en guerra contra su padre. Desde allí envió secretamente á Gilabert de Cruyllas á preguntar al senescal de Eduardo de Inglaterra en Burdeos si le aseguraba el campo, y él prosiguió su camino de la manera siguiente. Concertóse bajo juramento de fidelidad y de reserva con un aragonés llamado Domingo de la Higuera, traficante en caballos y conecedor de todos los caminos y veredas de uno y otro lado del Pirineo, en que el rey y sus tres caballeros irian disfrazados y pobremente vestidos como si fuesen los criados y sirvientes del rico mercader. Llevaba el rey una vieja capa azul, una maleta comun á la grupa de su caballo, en la mano un venablo de caza, cota de malla debajo del vestido y un yelmo bajo el capuchon que le cubria la cabeza. En los alojamientos ó posadas Domingo de la Higuera, que se distinguía por la decencia de su traje, comia aparte, servido por sus criados, y principalmente por el rey. De esta manera, salvando todos los peligros llegaron el 31 de mayo á las puertas de Burdeos. Inmediatamente envió á Berenguer de Peratallada á la ciudad para que viese á Gilabert de Cruyllas, y le encargase decir al senescal del rey de Inglaterra que un amigo suyo deseaba hablarle y le esperaba fuera de la ciudad. Acudió el senescal Juan de Greilly: acercándose á él don Pedro le dijo: «El rey de Aragon me envia secretamente á

(1) Probado está esto con el testimonio de los autores menos sospechosos, uno de ellos el secretario mismo del papa Martin IV, escritor güelfo, y como tal nada favorable al rey de Aragon, que expresa todas las circunstancias que llevamos referidas. Saba Malasp. contin. p. 399 y 400.—Y el monje Ptolomeo de Luca dice que el rey de Francia llegó á Burdeos con diez mil hombres. Romey cita sus propias palabras, en el tomo VII, p. 215.

preguntaros si el rey de Inglaterra y vos en su nombre le asegurareis el campo y podrá venir sin peligro.—Decid á vuestro rey, le contestó el senescal, que de ninguna manera; que habiendo el rey Eduardo rehusado ser juez del campo y protestado contra el duelo, ni él ni yo somos parte en este negocio, y mucho menos apoderadas como se hallan de Burdeos y su comarca las tropas francesas.—Pues al menos, replicó el supuesto enviado, ruégoos me hagais la merced de enseñarme el palenque.» Hizolo así el senescal, y tan luego como llegaron al sitio, echando don Pedro su capuchon á la espalda: «Yo soy el mismo rey de Aragon, le dijo; conocedme.» Asombrado Greilly le aconsejó que huyera, mas el aragonés no quiso hacerlo sin recorrer antes el palenque; dió una vuelta al área de la liza, é hizo que allí mismo se levantara acta firmada por el senescal y un notario para que constase que él habia cumplido su palabra y empeño de comparecer, y que si no se realizaba el combate la culpa no era suya sino de su competidor, que con sus alarmantes medidas habia faltado á las leyes del duelo. Con esto dejó al senescal sus armas en testimonio de haber concurrido personalmente, y partiendo otra vez camino de Bayona, regresó á España por Fuenterrabia.

Presentóse Carlos al día siguiente (1.º de junio, 1283) en la liza, y como viese que no comparecia el rey de Aragon, llamábale ya en alta voz traidor y cobarde: mas habiéndole presentado el senescal el acta de comparecimiento, descargó en él su furia mandándole prender, si bien tuvo que ponerle pronto en libertad por la conmocion que excitó en Burdeos el atentado. Centelleaba Carlos de cólera al ver así burlados todos sus designios: proclamaba que el rey de Aragon era «peor que los demonios del infierno,» y se vengó en despachar correos por todas partes pregonando injurias contra el monarca aragonés. Tal fué el dramático remate de aquel famoso duelo que tenia en expectativa á todas las naciones y príncipes de Europa, y que de ningun modo hubiera podido ya ser legal, puesto que además del ostentoso aparato de tropas y de las sospechosas disposiciones con que se habia presentado uno de los contendientes, habiéndose negado el rey de Inglaterra á ser el mantenedor y juez del combate, faltaban todas las condiciones del convenio de 30 de diciembre; y el rey de Aragon, sobre no estar obligado á una lid sin las debidas y pactadas formalidades, obró muy cautamente en no fiarse en la lealtad de quien habia llevado al cadalso á Conradino (2).

Muy de otra manera y con mayor ventura corrian para el rey don Pedro de Aragon las cosas de Sicilia que las de su propio reino despues de su salida de Mesina y de su regreso de Burdeos. Allá el gobierno siciliano, compuesto de la reina doña Constanza, del infante don Jaime, de Alaymo de Lantini, Juan de Prócida, Roger de Lauria y Galcerán de Castella, manejaba los negocios con admirable tacto y prudencia y con gran vigor y energía. El destonado rey Carlos y su hijo el príncipe de Salerno aprestaban dos escuadras, en Marsella el uno, en Nicotera el otro, á intento de recobrar la Sicilia, contando con una sublevacion que al propio tiempo habia de levantar en el país aquel Gualtero de Calatagirona, el mismo que movió la rebelion primera, y que hecho prisionero y puesto generosamente en libertad fué mandado vigilar por el rey don Pedro, conecedor de su carácter, al partir de Trápani para España. Con efecto, el intrépido, constante y arrebatado Gualtero se anticipó á revolver las poblaciones de Val di Noto antes que llegasen las escuadras, y acudiendo con prontitud los gobernadores del rey de Aragon, á los pocos dias Gualtero y sus principales cómplices, cogidos con las armas en la mano, eran ejecutados en la plaza de San Julian por sentencia del gran Justicier Alaymo de Lantini. Frustrado aquel golpe, las escuadras de Marsella y Nicotera se dirigieron á atacar una pequeña flota del rey de Aragon que combatía el castillo de Malta, el cual se conservaba por Carlos de Anjou. La reina Constanza no se descuidó en enviar allá al almirante Roger de Lauria con veintiuna galeras catalanas y sicilianas. Dióse, pues, en las aguas de Malta uno de los

(2) Desclot, cap. 104.—Ptolom. Luc. in Marc. Hispan.—Annal. de Italia, t. VII.

combates navales mas sangrientos y terribles de aquel tiempo, pero mereció á la serenidad y destreza del almirante Lauria y al arrojo de los catalanes que al grito formidable de *¡Aragon y á ellos!* saltaron impetuosamente espada en mano sobre las naves enemigas, el triunfo de los de Aragon y Sicilia fué completo, aunque costoso: quinientos habian sido muertos ó heridos: de estos últimos lo fué el mismo almirante Lauria por el jefe de la escuadra provenzal Guillermo Cornuto, pero arrancándose el venablo con su propia mano le arrojó sobre su rival y le atravesó el pecho de parte á parte. Cerca de ochocientos provenzales y calabreses fueron echados al mar para pasto de los pescados, otros tantos quedaron prisioneros. Malta se rindió á las armas de Aragon, y pronto se vió arribar á las playas de Mesina la triunfante escuadra de Roger de Lauria, remolcando los buques enemigos apresados, y llevando abatidas á la proa en señal de derrota las banderas de Anjou y de San Victor de Marsella. Y no contento con esto el bravo almirante siciliano, surca de nuevo los mares con su flota, se interna arrojada y temerariamente en la bahía misma de Nápoles, incendia los buques y almacenes del puerto, y vuelve otra vez triunfante á invernar en Mesina.

Al año siguiente (1284), el hijo del destonado Carlos, príncipe de Salerno, llamado Carlos el Cojo, que no perdonaba medio para realentar en Italia la abatida causa de su padre y restablecer su influencia en Sicilia, armó otra nueva escuadra en que quiso ir él mismo, y en que se embarcaron con él los principales barones y condes del reino. Grande era la confianza que llevaban esta vez, aun sabiendo que tendrian que pelear con el infatigable y temible Roger de Lauria: iban, dice un escritor italiano, como á un festin de boda, y aun dejaron ordenados los festejos con que habian de celebrar el triunfo. No les duró mucho la ilusion del prematuro gozo. El almirante de la flota aragonesa, fingiendo huir, los fué alejando de la costa; cuando ambas armadas se vieron en alta mar, vuelve proas de improviso la de Aragon, y al grito de *¡Aragon y Sicilia!* cae el ejército siciliano-catalan sobre las naves angevinas, y aterra, destroza, inutiliza velas y soldados. Al irse á fondo la galera principal de los de Nápoles, perforada por un marino siciliano, se oyó una voz que dijo: «Vuestros somos: *¡hay entre vosotros algun caballero?*—*Yo lo soy,* contestó Roger de Lauria. — *Almirante, repuso entonces aquel hombre, pues que la fortuna os ha sido propicia, recibidme á mí y á mis nobles compañeros: soy el príncipe.*» Era el príncipe de Salerno, el hijo de Carlos de Anjou. Roger de Lauria le hizo pasar á su galera, junto con otros nobles personajes franceses é italianos. Afirmase que murieron en esta batalla hasta seis mil de entre una y otra armada, y que quedaron prisioneros ocho mil angevinos con cuarenta y cinco de sus galeras. Sabida en Nápoles esta derrota, alborotóse el pueblo gritando: *¡Muera Carlos!* *¡Viva Roger de Lauria!* y por espacio de dos dias se entregó á saquear las casas de los franceses; mas la nobleza se mostró contraria al movimiento popular, y quedó este por entonces sofocado. Cuando el viejo Carlos de Anjou supo el desastre de su hijo y la actitud del pueblo napolitano, partió oportuno á Nápoles, arribó á su golfo y en su ciega cólera queria poner fuego á la ciudad. Un tanto templado por la intercesion de los nobles y del delegado del papa, expidió un edicto de perdon; pero edicto de perdon, que no creyó infringir ahorcando á mas de ciento y cincuenta napolitanos.

De todas partes llegaban á Carlos noticias funestas. Roger de Lauria enseñoreaba aquellos mares (1), y las poblaciones de ambas Calabrias se levantaban sacudiendo la dominacion del rey de Nápoles y enarbolando la bandera de Sicilia. Tan repetidos desastres y disgustos traian á Carlos devorado de pesadumbre y consumido de enojo y de melancolia, y pasó el resto del año sufriendo padecimientos de cuerpo y de espíritu, que al fin le ocasionaron la muerte, sucumbiendo en Foggia á los principios de 1285 (7 de enero), con tanto senti-

(1) Tan segura contemplaba ya este intrépido marino la Sicilia, que haciendo con su flota una excursion á la costa africana, tomó á los musulmanes la isla de los Gerbes en los mares de Túnez, donde dejó levantada una fortaleza con guarnicion cristiana.

miento de los Güelfos como satisfaccion de los Gibelinos, á la edad de 65 años. Carlos de Anjou, gobernando con mas equidad hubiera podido ser el soberano mas poderoso de Europa, señor de toda Italia, y acaso del imperio de Oriente: su tiránica dominacion le hizo perder la Sicilia, apenas le obedecia ya Nápoles, y con toda la proteccion de Roma y de Francia murió sin gloria y sin poder, desairado y consumido de amargos pesares. A poco tiempo le siguió al sepulcro (29 de marzo) su decidido patrono el papa Martin IV, el gran enemigo y perseguidor de Pedro de Aragon. Este pontífice, perseverante en disponer de la corona siciliana, habia nombrado regente del reino por muerte de Carlos á Roberto conde de Artois, hasta que el príncipe de Salerno, hijo y heredero de Carlos, prisionero en Mesina, recobrara su libertad. No pensaban así respecto á este ilustre prisionero las poblaciones sicilianas, que todas pedian fuese condenado á muerte en expiacion de la sangre de Conradino, injustamente derramada en un cadalso por su padre. En efecto, Carlos el Cojo fué sentenciado á pena capital, y habíale sido ya intimada la sentencia, que habia de ejecutarse en viernes. Pero la reina doña Constanza de Aragon y de Sicilia, impulsada de un sentimiento generoso, «no permita Dios, dijo, que el día que fué de clemencia y de misericordia para el género humano (aludiendo á la muerte del Redentor), le convierta yo en día de cólera y de venganza. Hagamos ver que si Conradino cayó en manos de bárbaros, el hijo de su verdugo ha caído en manos mas cristianas: que viva este desgraciado, puesto que él no ha sido tampoco el culpable....» Suspendióse, pues, la ejecucion del príncipe de Salerno, á quien reclamaba el rey don Pedro desde Cataluña; pero fué retenido allí, por temor de aventurar su persona que tanto importaba para la conservacion de la isla (2).

Dejamos indicado que las cosas del reino de Aragon despues del desafio de Burdeos habian llevado para el rey don Pedro harto mas desfavorable rumbo que las de Sicilia, y así fué. Despues de aquel suceso, el sobrino de Carlos de Anjou, Felipe el Atrevido, rey de Francia, que dominaba tambien entonces en Navarra, ya no tuvo consideracion alguna con el aragonés, y dió orden á las tropas francesas para que en union con los navarros entraran por las fronteras de Aragon, y en su virtud se apoderaron de algunos lugares y fortalezas de este reino. Era la Francia ya una nacion poderosa, y el rey don Pedro, para conjurar esta tormenta, buscó la alianza de Eduardo de Inglaterra por medio del matrimonio de su hijo y heredero don Alfonso con la princesa Leonor, hija del monarca británico. Aceptado estaba ya el consorcio y la alianza por parte del inglés, cuando el papa Martin IV, enemigo irreconciliable del de Aragon, expidió una bula oponiéndose enérgicamente á este enlace y declarándole ilícito y nulo por el parentesco en cuarto grado que entre los dos príncipes mediaba (julio, 1283), y el matrimonio quedó suspendido. Esto no fué sino el anuncio de las grandes adversidades que se preparaban contra el monarca de Aragon.

Para proveer á las cosas de la guerra de Francia habia convocado córtes generales de aragoneses en Tarazona. Aquí comenzaron para el rey don Pedro las grandes borrascas que dieron nueva celebridad á este reinado sobre la que ya le habia dado la ruidosa conquista de Sicilia. Doliales á los aragoneses verse privados de los divinos oficios y de los sacramentos y bienes de la Iglesia por las terribles censuras que por sentencia pontificia pesaban sobre todo un reino que á ninguno cedía en religiosidad y en fe. Veíanse amenazados de una guerra temible por parte de un monarca vecino que tenia fama de muy poderoso, y contaba con la proteccion decidida de Roma y dominaba en Navarra.

Sentian ver distraidas las fuerzas de mar y tierra del reino en la guerra de Calabria y de Sicilia, y á muchos ni halagaba ni seducia la posesion de un reino lejano, que costaria trabajos y sacrificios conservar, y que por de pronto habia dado ocasion á llevarles la guerra á su propia casa. Disgustábase la política reservada y misteriosa del rey, que por sí y secre-

(2) Bart. de Neocast.—Giov. Villani.—Giac. Malasp. en sus respectivas historias.